

EL CARNAVAL VASCO

Por LUIS LARRAÑAGA BILBAO

A MI BUEN AMIGO J. M. SANSINENEA

El Carnaval vasco está de moda. Proliferan los libros, artículos y conferencias que tratan del tema e invocan el Carnaval de Lanz, el suletino y las distintas variedades de las costumbres de las gentes de nuestros pueblos y campo durante el tiempo de carnestolendas. Sin embargo, creo que sería necesario hacer alguna precisión sobre el Carnaval vasco, que no he leído en ningún escrito. Esta precisión es la de distinguir, dentro del Carnaval, los residuos de antiguas religiones paganas, la sátira de falsos dioses y las novedades surgidas, como propiamente carnavalescas, en el transcurso de los siglos, porque todo ello se mezcla quizá indebidamente.

Porque, ciertamente, existen ceremonias y cultos antiguos que perviven en zonas rurales y que se denominan de Carnaval porque tienen lugar en fechas coincidentes; y existen festejos que, por contraposición a la Semana Santa —llamada también por los germanos en tiempos antiguos: «Charwoge» (pronunciado «carvoge»)—, fueron organizados en su día en condena de determinados cultos, aunque degeneraran en las orgías clásicas, al modo y manera de Azcoitia, por ejemplo, en tiempos todavía recientes en que, tras la procesión del Santo Entierro, se cogían las mayores borracheras del año para olvidar la muerte de Cristo. Junto a ellas, se hallan otras costumbres nacidas y típicas del Carnaval, como la tamborrada donostiarrá, compañía de honores de S. M. Ridícula, Momo.

Parece una irreverencia citar conjuntamente el Carnaval y la Semana Santa —el carnaval y el carvoge— pero hemos de hacerlo porque tienen mayores puntos de coincidencia de los que se supone vulgarmente.

Las dos semanas, con su consiguiente prólogo temporal, consisten en un conjunto de ceremonias y procesiones de temática muy distinta, pero conexas. El Carnaval presenta el reinado de un dios

mitológico, de una Majestad ridícula, que termina con su muerte y su entierro. La Semana Santa nos trae la redención y termina con el nacimiento a la vida eterna y a la Resurrección, la Victoria de Cristo inmortal. Las dos semanas, por añadidura, tienen lugar en la primera parte del año, separadas tan sólo por la Cuaresma, tiempo de penitencia por la adoración al dios ridículo, al ídolo.

Sin embargo, las procesiones no tienen su origen en la instauración del catolicismo como religión oficial romana; existían mucho antes. Data de la más remota antigüedad la representación de hechos históricos, religiosos o míticos en forma de cabalgatas populares. Precisamente, en las fechas que estudiamos, tenían lugar en Roma las más antiguas e importantes procesiones; desde sus tiempos más legendarios, se celebraban las ceremonias y procesiones en honor de Marte, dios de la Guerra, a quien los romanos dedicaron el primer mes del antiguo calendario romano de diez meses: el mes de «Martius», marzo, el «Mes nuevo».

En este esbozo, anticipación de otro trabajo más extenso, no vamos a recoger en detalle estas ceremonias y procesiones del culto de Marte ni a describir sus carreras de caballos, «equirria», peleas de gallos y demás fiestas, aun las derivadas de la fundación un 19 de marzo del templo de Minerva en Roma, fiesta que se consagró a tejedores, tintoreros y otros artesanos. No vamos a extendernos en la relación existente entre el culto de Marte, el Carnaval y la Semana Santa. Simplemente, vamos a recoger algunos detalles que guardan evidente semejanza con el llamado «Carnaval vasco» y que dan una explicación de unos usos y costumbres.

Vamos a recoger singularidades que nos permitan precisar aquella distinción que indicábamos como necesaria.

I

Marte, Marte-Silvano, fue adorado de muy antiguo por los romanos, quienes le dedicaron un culto que se desarrollaba en tres períodos, cada uno de los cuales tenía fijado su tiempo durante los meses de marzo, mayo y octubre.

En marzo, primer mes del año, se hacían los augurios para la próxima campaña y se bendecían las armas, que eran sacadas del templo para iniciar el nuevo período guerrero; en mayo, tenía lugar la bendición de los campos y de las ciudades, y en octubre, se procedía a una «lustratio» de las armas y a su recogida en el templo.

Cada uno de estos tres períodos tenía sus procesiones y ceremonias típicas, que eran observadas rigurosamente por los «salii», sacerdotes de Marte. Cada una de estas ceremonias se llevaba a cabo

tres veces, una en cada uno de los templos dedicados al Dios en la ciudad de Roma.

Con la reforma del calendario ordenada por Julio César y llevada a cabo por Sosígenes, se añadieron al calendario romano dos nuevos meses: enero y febrero, y se modificó el nombre de «Quintilis» transformándolo en julio, en honor de Julio César, al igual que, años más tarde, se cambiaría el nombre de «Sixtilis» por agosto, en honor de Augusto; pero todavía se conservan hoy los nombres de septiembre, octubre, noviembre y diciembre, es decir: séptimo, octavo, noveno y décimo en el antiguo calendario romano de diez meses.

II

El culto de Marte lo celebraban los «salii», salios, sacerdotes del dios de la Guerra.

Los «salii» se aposentaban en la «curia saliorum», situada en lo alto del Monte Palatino, en la «Roma quadrata», donde, ante una estatua gigantesca de Marte, se conservaban el «lictuus» de Rómulo y los doce «ancillae», escudos; dirigíalos el «flamen martialis».

Al unirse los dos pueblos que habitaban el Palatino y el Quirinal y tener éstos también su «curia saliorum» regida por su flamen, se duplicó el número de curias, siendo ambos «flamen», «martialis» y «quirinalis», los personajes más importantes en Roma después del rey; aunque, posiblemente, existía alguna distinción entre ambos favorable al de la curia del Palatino al ser únicamente éste denominado «martialis» y cambiar su nombre por el «quirinalis» el «flamen martialis» del Quirinal. Posteriormente, al introducirse el culto a Júpiter, se unió a los «flamen» citados el «flamen dialis».

El día de Año Nuevo, el día 1.º de marzo, es celebraba el nacimiento de Marte —de una flor— y la aparición del escudo «ancilla», original en el palacio de Numa, del que Mamurio Veturio obtendría once reproducciones. En dicha fecha, comenzaban las procesiones de los «salii».

Los doce salios, armados de espada y escudo, empuñando éste en una mano y en la otra una vara blanca, bajaban procesionalmente desde lo alto del Palatino hasta la «Regia», el palacio del legendario Numa, saltando y bailando a los sonos de unas flautas al tiempo que golpeaban las varas contra el suelo o contra los escudos para ahuyentar los malos espíritus. Llegados a la «Regia», abandonaban las varas y, empuñando las armas, bailaban el baile de las espadas que, más tarde, eran sustituidas por las lanzas para hacer los augurios para la

próxima campaña guerrera. El día 19 de marzo tenía lugar el «Quinquatrus» en el «Comitium», según Varrón: «salii a salitando quod facere in comitio in sacris quod annis et solent et debent», y —Charisio— «quod eo arma ancilla lustrari sunt solita», danzando los salios alrededor de los escudos.

Estas danzas guerreas de los doce «salii» son el antecedente de nuestra «espatadantza» y, sus procesiones, bajando del Palatinado a la Regia, el de tantas comitivas procesionales religiosas que se celebraban —y aún se celebran— en nuestras tierras, reconocibles también por el «pilleus» encintado, típico de ceremonia religiosa, con que cubren sus cabezas los participantes.

Estos bailes de los doce «salii» explican, por añadidura, el motivo por el que nuestros «dantzaris» porten una vara y bailen con ella y, luego, la sustituyan por una espada, extremo éste que me sorprendió antaño y que me hizo preguntarme más de una vez el porqué de una vara y una espada.

Los «salii» vestían con túnica blanca, toga pretexta del mismo color y llevaban un cinto de oro. La toga pretexta nos habla de la juventud de los sacerdotes; la túnica nos justifica las faldas blancas, que con la camisa, formando un conjunto similar a aquélla, componen el vestuario de los danzantes navarros.

III

Las procesiones de los doce «salii» no se limitaban al mero desfile, acompañados por las autoridades. Se componían, en ocasiones, de cortejos evocadores de mitos, hechos históricos o conmemoraciones, al modo de nuestras procesiones de Semana Santa que reflejan en sus pasos diversos momentos de la Pasión.

Uno de estos pasos conmemorativos procesionales consistía en la representación de la expulsión de Roma, tras un paseo por las calles de la ciudad, de Mamurio Veturio, el herrero que falsificó los once escudos. Consistía el paso en un hombre revestido de pieles y pellejos, simulando un gigante, que era golpeado por las varas blancas de los «herrerros». El día 14 de marzo, en que tenía lugar esta representación, se denominaba «mamuralia» y, anteriormente, se denominó «equirria» por las carreras de caballos que tenían lugar dicho día en el campo de Marte.

El paso procesional presenta una identidad con los personajes y representaciones del Carnaval de Lanz, más puro, aunque de motivación semejante, que el suletino.

Llamamos la atención sobre los golpes de vara sobre el pellejo

de Mamurio Veturio, que pudieron ser antecedentes de un baile similar que se lleva a cabo por nuestros grupos de danza.

Tampoco hay que olvidar que la institución de la fiesta de los artesanos —tejedores, tintoreros... etc.— en la fecha del 19 de marzo, coincidiendo casi con la «mamuralia», ha podido producir mezcla de componentes de ambos cortejos y surjan artesanos junto a Veturio.

En estas procesiones paganas en honor de Marte no figuran mujeres, aunque existan hombres disfrazados de tales si el caso lo requiere, porque la presencia de damas, se decía, quitaba vigor guerrero al Dios. Solamente, en Egiva (Grecia), las mujeres podían intervenir en las fiestas en honor de Marte por haber vencido las mujeres, dirigidas por Telesilla, en una batalla de la que huyeron los hombres.

IV

José Miguel Barandiarán, en el libro titulado «Estelas funerarias en el País Vasco», nos manifiesta su sorpresa ante el hallazgo en zona rural vasca de la costumbre de dar tres vueltas en torno al caserío, a la iglesia o al cementerio. Recoge en sus páginas 49 a 54 diversos hechos sin explicarnos el origen de esta costumbre. La hallamos también en el ceremonial del segundo período del culto de Marte.

La costumbre no es, ni más ni menos, que la pervivencia de la «suovetaurilia» que tenía lugar el día 29 de mayo en las fiestas «Ambarvalia» en honor de Marte-Silvano, fiestas también denominadas «lustratio pagi» cuando se realizaban por los representantes de las ciudades y no por los particulares.

En dicha fecha, los particulares purificaban sus campos y sus casas ofreciendo a Marte-Silvano un toro, un cerdo y un cordero —la «suovetaurilia»— después de haber paseado tres veces dichos animales alrededor del objeto que se deseaba purificar. Catón, quien en su «De Re rustica» nos ofrece otras peculiaridades interesantes, nos ha conservado la fórmula sacramental que se pronunciaba en tal ocasión: «Padre Marte, yo te imploro seas benévolo y propicio a mi persona, mi casa y a toda mi familia; por esto hago pasar los «suovetaurilia» alrededor de mi campo, de mi propiedad; impide y evita las enfermedades visibles e invisibles, las epidemias y las tormentas; permite a las plantas, a los trigos, a las viñas, florecer y dar sus frutos; conserva la salud de los pastores y de los ganados; concédeme salud y prosperidad e igualmente a mi casa y a toda mi familia.»

Tal es, pues, el origen de las tres vueltas en torno de lo que se pretende bendecir: la perduración de un antiguo culto que, indudablemente, la Iglesia quiso erradicar de nuestro suelo pero que, pese a los efectos malignos que se le imputaron, continuó llevándose a cabo como recoge Barandiarán.

Ciertamente, llama la atención el hecho de que estos cultos estuvieran tan enquistados en la zona rural de nuestras tierras, ya que ello prueba que la romanización, no solamente alcanzó a las ciudades y a las zonas bajas, sino que llegó también a los caseríos.

También en el mes de mayo, del día 29, se procedía a la «Iustratio pagi», la bendición de la ciudad de Roma, ceremonia celebrada con pompa, en la que los doce «salii» danzaban en honor de su dios la danza de las armas: la «espatadantza» del Corpus... Sería interesante investigar sobre la costumbre de alfombrar con hierbas y plantas las calles en dicha festividad al paso de la procesión; como sería útil para el mejor conocimiento de nuestras costumbres conocer el origen de las «chauchabas», tan tradicionales en las procesiones del «Corpus» donostiarra como la chistorra en la fiesta de Santo Tomás. No sería extraño que tuvieran el mismo origen.

He citado el libro de J. M. Barandiarán: «Estelas funerarias en el País Vasco». Convendría añadir a la observación que hago en este punto otras:

El movimiento de santos, de imágenes procesionales, que cita en la pág. 63 corresponde a una costumbre de mover y hacer hablar a sus ídolos, típica del culto romano que lo practicaba asiduamente.

Las costumbres funerales vienen matizadas, también, por unos romanos pero es pertinente el señalar que la Novísima Recopilación recoge una ley referente a Guipúzcoa limitando el número de clérigos que podían asistir a una comida funeral, bajo unas penas tan severas que, junto a la singularidad de la prohibición, marca la persistencia de la asistencia masiva de clérigos a tales comidas.

La costumbre del pan y del vino se ve reflejada, igualmente en actos no funerales. Se concedía también el pan y el vino a los participantes del «Alarde de Santiago» que tenía lugar en Mondragón desde tiempos muy remotos hasta mediados del siglo pasado. Este «Alarde de armas de Santiago» tenía lugar el día 25 de julio y era una especie de revista militar que giraba el alcalde de la Villa, como jefe nato de la compañía, previo alistamiento que se verificaba de «hidalgos» y «moradores» y el desfile tenía lugar en la plaza pública al son del tamboril que tocaba una marcha especial: la misma que tocó una música de regimiento al sacar el cadáver de la Infanta doña Pilar del establecimiento balneario de Escoriaza. A cada individuo, se obsequiaba con una ración de pan y vino y doble al que

se presentaba con armas de mayor antigüedad, como chuzos, mosquetes, lanzas, etc.

Tampoco ha de sorprender al autor que las tumbas y los altares se hayan construido orientados hacia el Oriente, ya que, desde los tiempos más antiguos y en muy diversos lugares, se suponía que de aquella dirección procedía la vida. La Iglesia, en sus primeros tiempos, al sustituir las casas particulares por las basílicas y éstas por los templos propiamente católicos, ordenaba que los altares estuvieran dirigidos hacia el Oriente; los fieles primitivos encabezados por los sacerdotes rezaban mirando todos hacia aquella dirección y de pie, porque el arrodillarse es costumbre muy posterior en tiempo.

De las estelas de estilo griego, hablaremos en próxima ocasión.

V

El tercer período de culto de Marte, que tenía lugar durante el mes de octubre, nos trae a relación las cabezas y colas de caballo que aparecen en algunos lugares y grupos, como el suletino.

El día 15 de octubre tenía lugar, según Philocalo, el «*equus ad nixas fit*»: la fiesta del «*equus october*» que, según Tito Livio, le fue consagrado a Marte después de la caída de los Tarquinos en el «*Ara Martiis*» del campo de Marte.

Consistía en una carrera de carros tirados por caballos —siempre había carreras de carros y de caballos en las fiestas de Marte que, al propio tiempo, servían de adiestramiento para la guerra— que tenía lugar en el campo del Dios de la Guerra. A su término, se sacrificaba en honor del Dios, con una lanza sagrada, el caballo de la derecha de los que arrastraban el carro vencedor. Se cortaba su cabeza y se adornaba con follaje tejido en forma de corona. La cola era también arrancada a la víctima y era llevada rápidamente a la «*Regia*» a fin de que la sangre goteara sobre el hogar de la casa.

Eran, pues, la cabeza y la cola del «*equus october*» las únicas partes del caballo a las que se conferían virtudes mágicas; pero sólo a las de aquel caballo de la derecha del tronco del carro vencedor en la carrera sagrada. No es, pues, extraño que se construyan caballos de sólo cabeza y cola evocando la cabeza y cola del «*equus*» sagrado; y que la cola, una vez utilizada en su función ritual, se conserve y pasee procesionalmente. Es interesante precisar que, para los antiguos, los caballos más bellos eran los de cabeza más pequeña y, por ello, no debe sorprender que en ciertas representaciones se minimice hasta el máximo.

También se sacrificaban a Marte el gallo y el toro, además del perro y del macho cabrío. Si en una batalla se había triunfado por

la fuerza, se sacrificaba el gallo ganador de las peleas de gallos; si por la astucia, un toro.

VI

El color rojo estaba consagrado a Marte. Por ello, las indumentarias y los adornos de las fiestas eran, en gran parte, de color rojo.

Los antiguos soldados romanos, en la víspera de entrar en combate, cambiaban sus vestiduras por otras de color rojo. Su motivación no venía dada solamente por el deseo de honrar al dios de las batallas e impetrar su victoria. Con esta vestidura roja, se enmascaraba la sangre de las heridas y el enemigo ni conocía exactamente el estado físico del guerrero romano ni se envalentonaba al ver enrojecer la vestimenta. Parece ser que los lacedemonios fueron los primeros en vestir de rojo en la guerra.

No ha de sorprender, pues, que el color rojo matice las ceremonias de Marte o simbolice soldados romanos o represente al dios, al Bien.

Podríamos añadir, para dar una clave posible, que los cántabros vestían en cambio de negro. Quizá las representaciones suletinas evoquen las luchas entre romanos y cántabros o entre romanos y bárbaros. Tras la victoria de aquéllos, éstos se van sometiendo y peleando a su lado. Aunque también pudiera interpretarse, y en ocasiones así es, la lucha entre el rojo y el negro, como la lucha entre el bien y el mal. Esta interpretación viene apoyada por el hecho de que en nuestras tierras el mal no se representa por el rojo sino por el negro, por el «beltza».

En este carnaval suletino, no faltan el gigante recubierto de pieles —aunque el tiempo le ha transformado en oso— y los «herrereros» de la «mamuralia»; ni el «equus october», el caballo sagrado de sólo cabeza y cola; ni otros elementos del culto de Marte, cuyo color lleva el grupo vencedor, aunque mezclados con los artesanos de la fiesta de Minerva. Creo que, con las claves expuestas, podría llegarse a un completo conocimiento de cada uno de los elementos del cortejo y de su significación que hemos reseñado.

VII

Las ceremonias del culto de Marte que celebraban la venida del año nuevo, que comenzaba en el mes de marzo, estaban precedidas inmediatamente por otras dedicadas al dios Saturno. Llamábanse éstas «saturnalia» y tenían lugar en el solsticio de invierno a fines del mes de diciembre.

La «saturnalia» tuvo muy variadas características, según los tiempos, y conoció de exaltaciones y de prohibiciones. Era una fiesta que, inicialmente, se celebraba en un solo día pero que, con el tiempo se amplió hasta siete fechas. Prohibida por Tarquino el Soberbio, fue restablecida por el Senado romano durante la segunda guerra púnica.

La «saturnalia», que nació como una fiesta agrícola, sufrió diversas alternativas. En su transcurso, se permitía satirizar las costumbres de los señores vistiéndose como tales los esclavos y se relajaron las costumbres hasta convertirse en verdaderas bacanales. En Grecia, se sacaba procesionalmente un tonel lleno de vino nuevo sobre unas andas y se bebía de él.

Sería largo el relatar la «saturnalia» pero dos notas destacan, además de la general del disfraz satírico, relacionadas con costumbres carnavalescas. Durante la «saturnalia» los señores gratificaban a los esclavos y siervos e intercambiaban regalos, principalmente antorchas y velas que simbolizaban el crecimiento de los días. También eran propios de este tiempo las «sigillaria» o figuras de barro que a veces se utilizaban como regalos infantiles.

La costumbre del regalo navideño, del aguinaldo a los siervos, todavía perduraba en San Sebastián a fines del siglo XIX. El día de Navidad los caseros bajaban a la ciudad a solicitarlo. «Creo que no he sido muy pesado, ni, aunque lo he hecho muy mal, he atormentado sus oídos con esos cantos desafinados de nuestros «base-rritarras» que, dentro de pocos minutos, acudirán a sus puertas be-rrando el «Artzayac datos salto eta brinco» o con el famoso canto «Dios te salve ongui etorri, etc.» con que atolondran al pacífico vecino. Aunque no sea más que por mi buena voluntad, y porque no vayan a vengarse de mí con el «Ate chocuan ollar bi» quedaré defraudado de mis esperanzas.» Esta descripción del aguinaldo a los caseros en el año 1880, publicada en «El Urumea», prueba la permanencia de la costumbre en la ciudad que daría lugar a su sátira a través de la comparsa correspondiente de supuestos caseros en el Carnaval.

La circunstancia de la proximidad inicial de la «saturnalia» y de las fiestas en honor de Marte, matizó más tarde los dos meses que Sosígenes intercaló entre diciembre y marzo motivando que las fiestas de carnaval se iniciaran a fines de diciembre y continuaran hasta el Miércoles de Ceniza. Tales eran las fechas del Carnaval de Venecia.

En San Sebastián, el Carnaval se iniciaba el día 20 de enero pero existen indicios —prohibiciones reiterativas— de comparsas disfrazadas en la víspera del día de los Reyes Magos y de charan-

gas navideñas, a finales del siglo pasado. Lo recoge la prensa del tiempo.

VIII

La modificación del calendario romano de diez meses, que hemos citado en varias ocasiones, introdujo dos nuevos meses: enero y febrero, y algunos cultos, al tiempo que modificó la duración de otros como las «saturnales» que ampliaron su duración en los dos días que se añadieron al mes de diciembre.

Uno de los cultos que se restauraron fue el llamado de las «Lupercales», que se desarrollaba en el mes de febrero, concretamente el día 15, que era seguida por las «quirinalias», del día 17, y las «terminalias» del día 23. En las «lupercales», se procedía a la bendición de la ciudad; en las «quirinalias», celebraban su fiesta las curias; y en las «terminalias» se bendecían los campos y casas de labor. Una vez más los tres cultos tradicionales, una vez más las «lustratio» típicas de las fiestas del Dios Marte.

Las «lupercales» se iniciaban en la gruta que Virgilio denominaba «Mavortis antrum» en recuerdo de Marte, el amante y después esposo de Rea Silvia, padre de Rómulo, quien era simbolizado por un lobo y a quien se ofrendaban perros. Rea Silvia era, pues, la «loba» que amamantaba a Rómulo.

Tengamos presente que las «lupercales» parecen tener su procedencia etimológica de «lupus» y «arceo», de donde este Dios Marte sería el Gran Lobo que preservaba de los lobos a los rebaños, continuando la tradición religiosa del primitivo Marte-Silvano primaveral de la «ambarvalia», dios de la selva, que aparecía bajo la figura de lobo en algunos santuarios del dios, en alguna de sus monedas,... etc.

La degeneración de las «lupercalías» por la excesiva extensión concedida al poder fertilizador de Marte-Silvano, originó alguna comparsa que distaba de la «lustratio» inicial.

Realmente, las variaciones de los cultos a través de los siglos y de las modificaciones de los tiempos son naturales. No pueden estudiarse los cultos antiguos que se extendieron a lo largo de siglos, en sólo un momento histórico, estáticamente, porque ello puede conducir a errores.

IX

Hechas las anteriores puntualizaciones convendría dar unas notas del Carnaval donostiarra que ayuden a encajar mejor el tema.

La más antigua de las comparsas, según los autores, era la de los «jardineros» que representaba la ofrenda floral a la Diosa Flora. En ella, tenían personalidad individual el «Aita Joshepe» y el Bartolo. Aquél llevaba la autoridad de la comparsa y, en un momento determinado, sujetaba la larga vara en la cual, dieciséis bailarinas y dieciséis bailarines, tejían adornos con las cintas que sujetaban en su mano. Los bailarines, en el desfile, portaban en sus manos un arco. En la comparsa del año 1884, Sarriegui compuso la música coral del grupo.

El buen humor del arquitecto Morales de los Ríos y la música de Sarriegui, junto a la iniciativa de las Sociedades «Unión Artesana» y «La Fraternal», dieron lugar a la «tamborrada» al estilo actual, comparsa que inauguraba el Carnaval con la Diana del Santo el día 20 de enero.

Junto a ellas otras comparsas, como la de los «caseros y case- ras», la «Jura de la Princesa», conocida también por «Las Provincias», «Los ciegos», «Los lino maniatzalliac», «Los Oficios», «La Gitanada», «Los Pastores», «Los Panaderos» y otras más modernas, como el «Adiós al Tranvía», que ideé y organicé hace varios años, con la colaboración de varias sociedades que acudieron al llamamiento, como Preboste de la Real Orden de los Barbas.

Pero estas comparsas tienen ya otro origen. Nacen de la fiesta del Carnaval, pero todas ellas, al igual que las de «Iñudes» y «Caldereros» tienen un origen social y representativo, aunque caricaturesco, de la realidad de un tiempo.

* * *

Tales son, a muy grandes rasgos, algunas notas que creo deben tenerse en cuenta al comentar el «Carnaval vasco». Unas notas trazadas a vuela pluma, dejando a un lado la descripción de las «pompas» o procesiones que precedían a los juegos circenses, las transformaciones de denominaciones, como la de Júpiter de los Trofeos en el Palatino, las vicisitudes de algunos cultos, como las lupercales y los dos luperkos restaurados en tiempos de Augusto..., etc.

Unas notas nacidas de la lectura del interesante libro «El Carnaval», de Julio Caro Baroja, al que acudí en búsqueda de noticias sobre el carnaval donostiarra, y más concretamente de la «tamborrada». No las hallé pero, en cambio, encontré algunas preguntas del autor que tenían respuesta en mis lecturas en pos de otros horizontes y de otras metas.

Porque estas notas no tienen sólo relación con el «Carnaval vasco». Dan noticia de un tiempo, de unos usos y costumbres, y ofre-

cen unos caminos de investigación por los que voy caminando desde hace ya varios años.

Posiblemente no las hubiera publicado, por el mismo motivo que no las publiqué antes de ahora, pero la muerte de mi buen amigo, y de mi familia, J. M. Sansinenea, dejando incompleta su obra, y la reflexión ante este hecho, me impulsa a dar a conocer estas notas que no pretenden la fácil crítica sino la colaboración al estudio de nuestra historia que, dejando a un lado ridículos mitos, tiene una mayor grandeza de la que muchas gentes imaginan.